

CARTA-CIRCULAR A MIS QUERIDOS CONSOCIOS LOS MIEMBROS DE LAS CONFERENCIAS DE SAN VICENTE DE PAÚL EN EL MUNDO

París, 30 de junio de 2004

Queridos amigos y consocios:

La Regla de la Sociedad en varios apartados de la misma, habla con frecuencia de la vocación vicentina de los consocios. Esto es: entiende nuestra citada Regla, que los vicentinos se inician, se desarrollan y se mantienen en la Sociedad de San Vicente –en las Conferencias–, porque existe una verdadera vocación en cada uno de ellos. Una vocación de servir a los pobres, que implica la pertenencia a una comunidad de fe que ora y actúa unida (1).

Sin embargo, cuando un nuevo miembro llega a la primera Conferencia que conoce, con frecuencia, lo hace sin ser consciente de que responde a una vocación determinada. Frecuentemente, al llegar a nuestra primera Conferencia, lo hacemos pensando en contribuir a aliviar la desgracia de los más pobres. Lo hacemos, respondiendo a una disposición de ánimo hacia los más pobres de nuestros hermanos, que hemos mantenido desde niños, en nuestra adolescencia y que siendo ya hombres, cristalizamos en acciones, ese deseo hasta entonces mantenido en la mayoría de las ocasiones, en el terreno puramente sentimental. Solo después de cierto tiempo de la llegada a la Conferencia, nos damos cuenta que no basta simplemente con lo que, a primera vista, parece la respuesta a nuestra preocupación humana por los más desfavorecidos. Sólo después de cierto tiempo, nos percatamos de que existe entre los consocios que nos recibieron al llegar, una sintonía y fraternidad; que poco a poco nos va alcanzando, que hacemos nuestra y que implica mucho más que la simple respuesta a la corresponsabilidad entre los hombres. Que implica una vocación.

Pero incluso antes de ello, antes de darnos cuenta de que realmente estamos formando parte de una comunidad de fe que implica una clara vocación cristiana de servicio, sin darnos cuenta, estamos respondiendo a la llamada de Dios (2) a trabajar por los más pobres. Por eso elegimos una Institución cristiana para nuestra entrega y no otra.

La vocación, eclesialmente considerada, es siempre una llamada de Dios a un trabajo concreto, a la asunción de una determinada ocupación, al servicio de Cristo y de su Iglesia. La nuestra, la de los vicentinos, los miembros de las Conferencias de San Vicente de Paúl, está representada por el servicio a los pobres y a nuestros consocios

con los que formamos una comunidad de oración y acción.

Esto es: la vocación (3) –llamada– de los miembros de las Conferencias, es el servicio al propio Cristo al que intentamos descubrir en cada uno de los hermanos necesitados con los que personalmente nos encontramos (4).

Dicho todo lo anterior, cabría preguntarse ¿Cuáles son las características de nuestra vocación? Intentemos definir las:

En primer lugar, nuestra vocación nos exige una clara comunidad de fe y un trabajo en equipo, al que nos entreguemos y en el que recibamos tanto como somos capaces de dar.

En segundo lugar, nuestra vocación nos lleva a encontrar a los pobres. Es decir: identificarlos en su sufrimiento y ser capaces de responder a los retos que nos impone el tratar de aminorarlo y erradicarlo. Para ello, es necesario vivir en una formación constante para hacer frente a las nuevas amenazas que van surgiendo cada día.

En tercer lugar, nuestra vocación nos impone hacerlo personalmente y en el lugar de los pobres. En aquel en que ellos se sientan cómodos.

En cuarto lugar, nuestra vocación, nos impone sentir como propios, los sufrimientos de aquellos con los que nos encontramos y descubrir que los mismos, los sufrimientos hallados, no son sino la manifestación cercana de un sufrimiento que es universal. Descubrir el sufrimiento planetario y constante de los pobres y nuestra personal responsabilidad frente a él. Una responsabilidad que, también, lo es causal por nuestra parte por la imperfección de nuestra propia vida.

En quinto lugar, nuestra vocación, nos lleva a ser conscientes de nuestra responsabilidad en la extensión del Evangelio entre los pobres. De ser una de las manifestaciones de la acción amorosa de la Iglesia, para aquellos que, en ocasiones, no tendrán otra visión de la misma que la que reciban por nuestra mediación. Y que esa manifestación, parte de nuestro compromiso bautismal como respuesta laical a la necesidad más apremiante en la Santa Iglesia: el servicio a los pobres. Un servicio a los más pobres, que nos lleve a colaborar y a luchar por contribuir al comienzo del Reino aquí y ahora.

(1) Aún cuando la nueva Regla está recientemente aprobada (Roma, octubre 2003), y no todavía suficientemente publicada, conocida y extendida, no dejo de aconsejar al lector, el interés de su lectura reposada y meditada individual y comunitariamente en cuanto ello sea posible. En particular y con respecto al contenido de esta Carta-circular, son especialmente interesantes los Capítulos 1º y 2º de la misma.

(2) “Lo que no viene de Dios no es más que sombra de la verdadera vocación, aunque se cubra de hermosos pretextos y de muy buenos hábitos” (Obras completas de San Vicente de Paúl, VI, 149 Editorial Sígueme, Salamanca, España).

(3) “La palabra vocación empleada varias veces por el Papa Pablo VI dirigiéndose a la Sociedad de San Vicente de Paúl expresa claramente la significación profunda de la unidad que tan concretamente sienten todos sus miembros” (Declaración sobre la Sociedad de San Vicente de Paúl, Pierre Chouard, IX Presidente General, Paris 1968)

(4) “Es Jesús mismo quien toma la iniciativa y llama a seguirle. La llamada está dirigida sobre todo a aquellos a quienes confía una misión particular, empezando por los Doce, pero también es cierto que la condición de todo creyente es ser discípulo de Cristo” (Juan Pablo II V.S. 19b).

En sexto lugar, nuestra vocación, nos impele a entregarnos a un servicio continuado y responsable. Si la pertenencia a la Sociedad no nos exige compromisos temporales formales ni mucho menos votos solemnes de ninguna clase, si es cierto que es bueno sentir que lo que contraíamos al llegar a la Conferencia, es un compromiso moral de pertenencia al servicio de los más pobres.

Tratemos de desarrollar un poco estos seis puntos fuertes de nuestra vocación.

Comunidad de fe

A lo largo de los años que han transcurrido desde nuestra fundación, no siempre hemos dado a la comunidad de fe, de oración y acción, que debe ser cada Conferencia, la importancia que tuvo para aquel grupo de jóvenes que constituyeron la primera Conferencia (5). Efectivamente, poco hubieran hecho si la relación entre todos ellos, no hubiera estado firmemente consolidada a través de la amistad espiritual y la pertenencia a una misma comunidad que rezaba y actuaba unida. Desde bien pronto, los consocios se sienten un grupo que actúa unido en multitud de ocasiones y no sólo en lo que podía entenderse como actividades al servicio de los pobres. La asistencia frecuente a actos religiosos como corporación o las simpáticas cenas seguidas de agradables tertulias celebradas entre los consocios, daban idea de la unión espiritual y humana que, en todos los órdenes, existía entre aquellos primeros consocios. Eran, amigos, compañeros espirituales, consocios queridos, y en esa unión, en esa unidad, encontraban la fuerza para tratar de amparar a los más pobres.

La oración común, potenciada por la propia individual de cada uno de ellos, es una de las bases del éxito que encontraron las Conferencias. Desde muy pronto, los consocios, se dieron cuenta que era en ella —en la oración—, donde iban a encontrar las fuerzas para poder servir bien y fielmente a los más pobres y entre ellos mismos.

Hoy, esa necesidad de unión espiritual y humana, esa cierta comunidad entre los consocios, es absolutamente imprescindible en cada una de nuestras Conferencias que quieran realmente utilizar con propiedad ese nombre. Aquella gran parte de las mismas que ya lo son, saben bien de la gran cantidad de beneficios que, en todos los órdenes obtienen (6).

Una comunidad de fe, por último, que debe estar permanentemente abierta a la acogida de nuevos consocios a

los que unir a nuestra misión y a los que ofrecer los mismos frutos para su alma, que los que recibimos nosotros al llegar y durante nuestra andadura. No puede existir una verdadera Conferencia vicentina, sin espíritu misionero. Un espíritu misionero que, ciertamente, ha de ser selectivo y cauto en cuanto a la elección de aquellos a los que se ofrezca la pertenencia a la Conferencia (7). No sólo ha de hacerles bien a ellos y por lo tanto han de tener esa cierta inquietud, esa cierta exigencia personal de mejora. También ha de serlo para el propio grupo que llama. Para la propia Conferencia (8).

Al servicio de los pobres

La segunda gran característica de nuestra vocación, es la capacidad de cada uno de nuestros grupos para acudir al servicio de los pobres y el esfuerzo que en cada ocasión debemos hacer para ser capaces de detectar esos sufrimientos e incluso anticiparnos a sus primeras manifestaciones (9).

Esto es, la Sociedad de San Vicente, no debe esperar a que los pobres recurran a ella. No debe quedarse únicamente en el servicio a las pobreza evidentes. A las pobreza que se ven. Con frecuencia, producen mucho más dolor en el que las padece, aquellas que no se ven, que están ocultas. Los vicentinos, debemos estar especialmente atentos a las nuevas manifestaciones del sufrimiento humano y, cada Conferencia, en cada lugar del mundo, debe estar especialmente sensibilizada, especialmente abierta, a ir descubriendo los nuevos sufrimientos que van llegando a la sociedad civil a la que quieren servir.

Ello implica, naturalmente, un esfuerzo permanente de formación, de conocimiento del medio en el que se produce el trabajo de la Conferencia. Los consocios, son llamados a no limitarse a la sola profundización en la Sagrada Escritura o en puras actividades espirituales. Además de ellas, los miembros, para ejercer adecuadamente su vocación de servicio, han de conocer aquellos campos del saber y de la pura información, que van a ser necesarios para su actividad al servicio de los más pobres. Hemos de conocer, la realidad social del grupo humano al que queremos servir. Hemos de conocer las carencias de la sociedad civil en la que esté incardinada la Conferencia. Hemos de conocer, las aspiraciones y las necesidades de los seres humanos a los que, repito, la Conferencia quiera ayudar. En definitiva, los consocios, debemos estar en un proceso de

(5) "Nos amaremos ahora y siempre, de cerca y de lejos, de una Conferencia a otra Conferencia, de un país a otro país" (Consideraciones Preliminares al Reglamento de la Sociedad de San Vicente de Paúl, París 1835)

(6) "Haber deseado un día ser socio, o hermano (o hermana) de San Vicente de Paúl o vicentino (o vicentina), como se dice según los países y las lenguas, es querer traducir en actos una consecuencia de nuestra fe de cristianos: no es únicamente el llamamiento absolutamente universal de Cristo a un espíritu de caridad, es una nota particular de ese llamamiento: "el deseo íntimo de participar "personalmente y directamente" al "servicio de los pobres" gracias a un "contacto persona a persona", al "don personal de su corazón y de su amistad", y de hacerlo en una "comunidad de laicos animados por la misma vocación". (Declaración sobre la Sociedad de San Vicente de Paúl, Pierre Chouard IX Presidente General, París 1968)

(7) "Sería quizás un bien para algunos el participar de nuestros ejercicios de caridad, pero a la Sociedad no le convendría, tal vez, contarlos entre los suyos". (Disposiciones Preliminares 1835)

(8) El propio San Vicente, al que le preocupaba más la motivación personal de los que se unían a la Congregación que su propio número, nos recordaba que: "...según el camino ordinario de la Providencia, Dios quiere salvar a los hombres por medio de los hombres, y nuestro Señor se hizo el mismo hombre para salvarnos a todos" (San Vicente de Paúl, Obras Completas, VII, 292 Editorial Sígueme, Salamanca, España).

(9) "...las formas de pobreza evolucionan como el mundo en sus diversas regiones. En todos los sitios, en todos los tiempos, hay que imaginar una "prospectiva de la miseria" y del alivio que le puede ser dado". (Declaración sobre la Sociedad de San Vicente de Paúl, Pierre Chouard, IX Presidente General, París 1968)

formación permanente para que nuestro servicio se adecue a las necesidades reales y no sólo a las que ya están detectadas desde antiguo.

En contacto persona a persona

Otra de las características de nuestra vocación, es el contacto personal (10) con los pobres. Con frecuencia, se ha dicho que lo básico en las Conferencias es la visita. Sin duda esta afirmación ha sido siempre una exageración que, con frecuencia, nos ha condicionado negativamente, más que ayudado a descubrir nuestra verdadera vocación. No es verdad que la visita sea lo básico. Lo esencial, es el contacto personal con aquellos que sufren en el lugar en el que ellos se encuentren libres. Permítanme que me detenga un poco en este tema.

Cuando nacen las Conferencias, es prácticamente lo usual en la atención a los pobres, que estos acudan al lugar en el que van a recibir las ayudas y que, de una manera tantas veces despersonalizada, tengan que desgranar sus miserias, los dolores de su alma, en espacios hostiles. Es frecuente en esa época, que a su sufrimiento, se añada la incomodidad de tener que contarlo en un espacio que les es extraño. Además, también con mucha frecuencia, quienes escuchan las cuitas de los pobres, son los empleados de aquellos que prestan las limosnas para atenderlos. Ni tan siquiera conocen a los que ayudan. Frente a ello, la naciente Conferencia, estima que el respeto que debe a aquellos en los que quieren ver a Cristo, les exige hacerlo personalmente y con la mayor delicadeza e intimidad posible. De ahí, nace la visita domiciliaria, la visita al lugar en el que todos nos sentimos seguros: nuestro propio hogar.

Volviendo al presente, no siempre hoy es posible el encuentro en el hogar de los más pobres. Múltiples circunstancias pueden imposibilitarlo. En principio, la vergüenza al conocimiento de su situación por parte de los vecinos, la falta del propio hogar para tantos de nuestros amigos para quienes este es la propia calle, la peligrosidad de ciertos barrios en determinadas ciudades, la vida en **grandes residencias para los más mayores y en fin, diversas circunstancias, pueden hacer imposible la clásica visita a domicilio que tanto ha realizado la Sociedad de San Vicente.**

En este tiempo, sin embargo, sigue siendo fundamental y a ello hemos de aplicarnos con la mayor vehemencia, el manteniendo del contacto personal con el que sufre y en su ambiente. En el ambiente que es cómodo para él y que resulta casi siempre incómodo para el consocio. Esa es una de las claves más importantes de nuestra vocación: la entrega personal al que necesita de nosotros,

(10) "Al principio en la época de los fundadores, la vocación se expresaba por la "visita a los pobres a domicilio", considerada como el prototipo de las actividades vicentinas. Hay que traducirla hoy en términos más modernos: no hay que contentarse con limosnas, hay que llegar al diálogo personal con los que sufren (cualquiera que sea su sufrimiento), en una actitud de confianza mutua, de respeto de las personas, como del carácter sagrado de su hogar, de amistad compartida y de servicios recíprocos..." (Declaración sobre la Sociedad de San Vicente de Paúl, Pierre Chouard IX Presidente General, París 1968)

con el que casi siempre, terminamos manteniendo una afinidad espiritual y humana, muy cercana a la propia amistad.

Compartir el sufrimiento

Esta cercanía espiritual y humana con los que sufren, nos lleva a otra de las características de nuestra vocación: compartir el sufrimiento y entender la universalidad del mismo (11). Efectivamente, si en el pobre vemos a nuestro hermano en Cristo, si le queremos hasta el punto de entregarnos a aliviar su sufrimiento, ¿Cómo no compartirlo? ¿Se puede aceptar como natural que veamos un día y otro a quien sufre y no hagamos nuestro ese sufrimiento con voluntad de redimirlo? La Sociedad de San Vicente de Paúl, las Conferencias, no quieren a los pobres. No quieren que existan pobres. Por ello, pretenden compartir su sufrimiento y contribuir a que éste desaparezca. Contribuir con la humildad de sus fuerzas, pero con todo el poder de saberse amparados por la oración y el esfuerzo personal y colectivo diario, a erradicar las causas que hagan sufrir al ser humano cuyas carencias tratamos de compartir. Un ser humano, para nosotros, irrepentible y concreto, hecho a imagen de Dios.

Al entregarse a cada ser humano, el vicentino es consciente de la universalidad de la pobreza y de su responsabilidad en la lucha contra ella allí donde se manifieste. Entiende cada Conferencia, que en si misma, no es más que una pequeña parte de una Obra que se extiende por el mundo y, con el resto de los consocios en cualquier lugar en que estos se encuentren, corresponsable de toda la acción vicentina en contra del sufrimiento de los hombres. Se produzca donde se produzca. Siente cada vicentino, la necesidad de unirse a esa batalla universal, ya sea a través de la oración individual y comunitaria, ya a través del envío de recursos para otras Conferencias más pobres y carentes de ellos.

Responsables en la extensión de la Buena Nueva

Cada uno de los miembros de la Sociedad, se siente llamado en la obra misionera de la Santa Iglesia. Se siente personalmente impelido a hacer llegar a los hombres el mensaje de que Dios les ama. De hacer saber que su entrega a los más pobres, no es más que la manifestación profundamente imperfecta, del perfecto amor de Dios hacia cada uno de los hombres. Una responsabilidad exigente, de la que jamás debe abdicar (12).

(11) "El manantial de la vocación vicentina es a la vez humano y divino: es la angustia sentida delante del sufrimiento del otro ser humano, la reacción espontánea de simpatía y hasta de violencia que surge delante de las injusticias sufridas por nuestros hermanos en humanidad" (Declaración sobre la Sociedad de San Vicente de Paúl, Pierre Chouard, IX Presidente General, París 1968)

(12) "A través de él, (del Mesías), hemos recibido el don de ser apóstol, para que en todos los pueblos haya una respuesta de fe en honor de su nombre. A ello pertenecéis también vosotros, llamados por Jesús, el Mesías" (Roma. 1, 5-6)

Esta exigencia de nuestro servicio, practicada con profunda y exquisita prudencia, ha de estar siempre especialmente presente en el ejercicio de nuestra vocación vicentina. Es quizás una de las mayores dificultades de nuestra labor, pues nos exige un profundo cuidado. Efectivamente, si bien no podemos olvidarnos de hacer llegar al resto de los seres humanos con los que nos encontramos, nuestra mayor riqueza como es el conocimiento de Dios, hemos de hacerlo con el cuidado que el respeto al otro ser humano nos merece (13). Las imposiciones, no tienen lugar en nuestra acción. No estamos llamados, ni legitimados, para hacer del contacto personal un pulpito desde el que intentar moralizar a los demás.

Al que sufre, hemos de respetarle siempre profundamente y considerarle dueño y señor de su destino al que el Señor, llamará cuando desee (14). Esto es, nuestra labor evangelizadora, no deberá hacerse nunca desde la posición del maestro que enseña, sino desde la del amigo que comparte experiencias enriquecedoras y del ejemplo silencioso que interpela. Hemos de ser conscientes, al acercarnos a otro ser humano que, en muchas ocasiones, seremos para él la única manifestación cercana de la Santa Iglesia. Extraordinaria responsabilidad para cada uno de los vicentinos, que nos exige un especial cuidado (15).

Cristo nos llama a la extensión del Reino aquí y ahora como nos recuerda tantas veces el Concilio Vaticano II (16). Es decir, una de las fórmulas, quizás la más completa y segura, para la diaria consolidación del Reino, es la práctica del Amor. El vicentino, llamado por el Amor en lo más íntimo de su vocación, está especialmente indicado para hacer crecer el Reino y la presencia de Dios entre los hombres (17).

Servicio continuado y responsable

Nadie nos exigió un compromiso formal de tiempo o de cualquier otro tipo cuando llegamos a las Conferencias

(13) "Todos nosotros somos servidores asaz inútiles; pero servimos a un Señor sumamente económico, y que no deja que nada se pierda, ni una gota de nuestros sudores, ni una lagrima del rocío" (Beato Federico Ozanam "Los orígenes de la Civilización cristiana" pag. 33 Ediciones Agnus, México 1946)

(14) "La pertenencia al mismo (se refiere al Pueblo de Dios), proviene de una llamada particular, unida a la acción salvífica de la gracia" (Juan Pablo II R.H. 21b)

(15) "Es doloroso escuchar el testimonio de tantos bautizados en la Iglesia católica, - especialmente entre el pueblo sencillo, que no hemos podido catequizar y formar adecuadamente pero quizás recibió la ayuda de Caritas o de nuestros servicios sociales - cuando aseguran que han tenido acceso a la Palabra de Dios, al conocimiento de Jesús y a la oración, a la hora en que se acercaron a una comunidad pentecostal". (Monseñor Héctor Aguer, Arzobispo de La Plata, Conferencia a la Pontificia Comisión de América Latina, marzo 2003)

(16) "Porque el Señor desea dilatar su Reino también por medio de los fieles laicos; un reino de verdad y de vida, un reino de santidad y de gracia, un reino de justicia de amor y de paz, en el cual la misma criatura, quedará libre de la servidumbre de la corrupción en la libertad de la gloria de los hijos de Dios (Roma. 8,21)" (Concilio Vaticano II Constitución "Lumen Gentium" 36)

(17) "El apostolado se ejerce en la fe, la esperanza y la caridad, que derrama el Espíritu Santo en los corazones de todos los miembros de la Iglesia. Mas aún, el precepto de la caridad, que es el máximo mandamiento del Señor, urge a todos los cristianos a procurar la gloria de Dios por el advenimiento de su reino y la vida eterna para todos los hombres: que conozcan al único Dios verdadero y a su enviado Jesucristo" (Concilio Vaticano II Decreto "Apostolicam Actuositatem" 3)

(18). Todos hemos sido radicalmente libres, humanamente hablando, en nuestra incorporación y lo seremos para nuestro abandono de la tarea vicentina. Sin embargo, aspiramos a entregarnos responsablemente.

Cuando hemos conocido tanto sufrimiento, cuando hemos visto tantas carencias, cuando somos conscientes de tantas necesidades, los vicentinos asumimos un servicio que hemos de hacer permanente y ejercerlo responsablemente. Un servicio, que no se acaba o que no empieza sólo en la labor de la Conferencia. Un servicio, una forma de ser, de entender el mundo y de trabajar en él, que marca toda nuestra existencia. Que debe marcar, nuestras relaciones familiares, profesionales e incluso de ocio. ¿Cómo ser capaces de separar tanto sufrimiento de nuestro día a día? ¿Cómo establecerlos como en una burbuja cuando trabajamos en la Conferencia que nos aisle del resto de nuestra vida? No creo que sea posible.

Por el contrario, el conocimiento de los pobres, nuestro profundo respeto por cada uno de ellos, la fraternidad compartida también con ellos, ha de informar toda nuestra vida de manera tal, que en cualquier situación, en cualquier momento, busquemos a nuestro alrededor al pobre a quien servir. A quien sonreír. Con el que tener una palabra y un gesto amable. Que nos acostumbremos a encontrar al pobre que todos llevamos dentro y que esa búsqueda, cambie radicalmente nuestra vida.

Porque si en cada uno de los otros vemos a Cristo, nuestra labor de servicio tiene comienzo, pero no será fácil que encontremos su término. Se convertirá en una exigencia de nuestra alma que ya jamás nos abandonará pues estaremos en un proceso de transformación permanente por Cristo y hacia Cristo (19).

Una vez más, al terminar este encuentro con mis socios en todo el mundo, quiero hacerlo dirigiéndome a María. Ella, mediadora de todas las gracias, auténtico baluarte para los que menos podemos, para los más débiles, nos dará las fuerzas para continuar en nuestro servicio y para hacerlo cada día mejor para con los preferidos de su Hijo: los abandonados, los dolientes, los perseguidos, los solitarios...

Que Ella nos ayude a conocer y seguir el modelo de vida que nos propusieron con la suya Vicente de Paúl y Federico Ozanam.

Con mi afecto para todos.

José Ramón Díaz-Torremocha
(i.n.e.D.)

XIV Presidente General

(18) "La Regla vicentina no obliga en conciencia y esto debe tranquilizar a los más escrupulosos. Una experiencia secular demuestra que la aspiración hacia ese ideal evangélico, desprovisto de heroicidad: pobres cristianos de un país tropical, obreros agobiados de fatiga, responsables cargados de tareas difíciles, estudiantes apremiados por sus estudios..." (Declaración sobre la Sociedad de San Vicente de Paúl, Pierre Chouard, IX Presidente General, París 1968)

(19) "Este proceso auténticamente evangélico (alcanzar por el hombre el amor misericordioso de Dios), no es sólo una transformación espiritual realizada una vez para siempre, sino que constituye todo un estilo de vida, una característica esencial y continua de la vocación cristiana" (Juan Pablo II, D.M. 14b)